

LA PREHISTORIA DE SANTOÑA

Manuel R. GONZÁLEZ MORALES

Dpto. de Ciencias Históricas

Universidad de Cantabria

Los antecedentes

Desde comienzos de este siglo existen en la bibliografía arqueológica de Cantabria referencias a yacimientos prehistóricos de la zona oriental de la región. En la zona de las marismas de Santoña, el curso bajo del Asón y ría de Limpias se citan hallazgos y primeras excavaciones por el P. Sierra en 1908 (Sierra, 1908), que evidencian la importancia de la zona, confirmada por las excavaciones del *Institut de Paléontologie Humaine* en la Cueva del Valle (Rasines) entre 1909 y 1911 (Breuil y Obermaier, 1912), definiendo la presencia de niveles del Magdaleniense Superior-Final y Aziliense, con materiales estudiados posteriormente por Cheynier y González Echegaray (Cheynier y González Echegaray, 1964), por González Sainz (González Sainz, 1989) y por Cristina Yudego (Yudego Arce, 1995). En los años 60 se realizaron excavaciones sistemáticas en las cuevas de La Chora (González Echegaray *et al.*, 1963) y El Otero (González Echegaray, *et al.*, 1966), en el Valle de Aras (cuenca baja del Asón), también con series estratigráficas de Paleolítico Superior-Final/Epipaleolítico y abundantes datos -para la época- sobre medio ambiente (análisis de polen, fauna terrestre y marina).

En 1984, el hallazgo por un grupo de aficionados santoñeses del Abrigo de la Peña del Perro, con su yacimiento arqueológico y grabados rupestres (Moure y González Morales, 1986) abrió nuevas perspectivas a la investigación en la zona. El testimonio del abrigo de la Peña del Perro resultó no ser algo aislado. Otros abrigos jalonan esta zona de la costa, destacando el covacho de San Carlos, junto al fuerte del mismo nombre, y que al igual que en el anterior conserva mínimos restos de grabados rupestres, también de tipo lineal muy simple, o la Cueva de la Fragua, con una importante secuencia estratigráfica, hallazgos todos ellos debidos a los mismos autores. Todo el contorno del Buciero muestra numerosas evidencias de la ocupación humana de cuevas y abrigos a lo largo de la Prehistoria, incluyendo períodos posteriores al Mesolítico, si bien estos últimos son mal conocidos. Las tareas de búsqueda llevadas a cabo por distintas personas de Santoña y otros colectivos (Muñoz Fernández y Gómez Arozamena, 1988) permiten contar hoy día con un conjunto de yacimientos que, sin poseer ninguno de ellos una gran espectacularidad, ofrecen la base para un estudio local de la vida de los grupos que habitaron la zona a fines del Paleolítico superior y en el Mesolítico.

Desde el principio de esta cadena de hallazgos fue el objetivo de nuestro grupo de trabajo evitar la excavación aislada y ocasional de estos yacimientos, sino que se programó una estrategia de investigación a largo

plazo para poder aprovechar todo el potencial que para la investigación científica de nuestro pasado ofrecía la zona de Santoña. La ubicación de muchos de estos yacimientos en las márgenes de las marismas y en el curso bajo del Asón permitía plantear una amplia serie de problemas relacionados con el ascenso del nivel marino a fines del Paleolítico Superior y en el Mesolítico, con lo que ello supuso de alteración de los ecosistemas relacionados con esta zona de interfase tierra-mar y, por ende, con su impacto sobre las poblaciones prehistóricas de la misma. Este impacto resulta aún de mayor interés por coincidir con un momento clave de la Prehistoria humana: la transición de las sociedades caracterizadas por unas formas económicas cazadoras y recolectoras a las sociedades productoras de alimento, esto es, agrícolas y ganaderas.

Por ello, se elaboró el que denominamos Proyecto de Investigación "Prehistoria de las Marismas", que pretendía definir los procesos que caracterizan el paso a la Prehistoria reciente en la cuenca baja del río Asón y las marismas de Santoña. Se intentaba rentabilizar el estudio de una zona de excepcional interés debido a la abundancia de yacimientos arqueológicos, la relevancia de algunos de ellos y los caracteres morfológicos de una zona de interfase tierra-mar. Pretendíamos verificar una serie de hipótesis relacionadas con los cambios ambientales y transformaciones de las estrategias de explotación de recursos, con el carácter "revolucionario" o "adaptativo" de dichos cambios, y con su correlación con transformaciones en la estructura social e ideológica (González Morales, *et al.*, 1992). La CICYT (Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología) aceptó y financió a partir de 1988 ese proyecto de investigación, desarrollado de manera concertada por equipos de los Departamentos de Ciencias Históricas y de Geografía, Urbanismo y Ordenación del territorio de la Universidad de Cantabria, y del Departamento de Zoología de la Universidad Autónoma de Madrid, con la participación de especialistas de la Universidad del País Vasco y del Centro de Estudios Históricos del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Los resultados de esa investigación aún no son completos, pero nos han permitido esbozar con cierto detalle el desarrollo de la ocupación humana en lo que hoy conocemos como Santoña.

Los testimonios más antiguos del poblamiento

Si bien ninguno de los yacimientos excavados hasta ahora en Santoña supera en antigüedad los momentos finales del Paleolítico Superior, algunos hallazgos superficiales permiten hacer retroceder los tiempos de la primera presencia humana hasta fechas relativamente remotas. Se han citado dos hallazgos de posible cronología de Paleolítico Inferior o Medio, desgraciadamente fuera de contexto conocido, por lo cual no podemos relacionarlas con depósito alguno y debemos limitarnos a valorar las características de los propios materiales: uno se trata de una pieza toscamente tallada y considerada como resto de un bifaz o hacha de mano paleolítica de difícil atribución hallado en el camino de subida al monte cerca de la Casa de la Leña (Muñoz Fernández y Gómez Arozamena, 1988); el otro es un hendedor de cuarcita, pieza características en esta región en el Achelense avanzado o en el Musteriense, recogido por Dionisio García Cortázar en las proximidades del actual Polideportivo, en zona de rellenos. Esta última pieza nos pone sobre la pista de la posible frecuentación humana de la zona al menos en un intervalo temporal entre 50.000 y 100.000 años atrás.

En otros puntos del litoral de Cantabria y zonas limítrofes aparecen materiales de esta tipología en depósitos de superficie, normalmente relacionados con la costa contemporánea de la transgresión anterior al último gran período glacial. Hendedores de ese tipo, normalmente trabajados en ofita, aparecen también en los niveles del denominado tradicionalmente “Musteriense de tradición achelense” de las cuevas del Castillo y Morín, que sirven de referencia adecuada para conocer el contexto en el que se emplearían tales instrumentos. Se trataría de grupos relativamente móviles que practicaban una caza oportunista -sin una preferencia específica por un tipo de presas determinado ni una organización de la caza orientada de manera especializada a ellas- y posiblemente la recolección de alimentos vegetales, por desgracia no preservados en los yacimientos. El tipo humano de los autores de estos testimonios debería corresponder al *Homo sapiens neanderthalensis*, anterior a la llegada de los primeros humanos modernos a inicios del Paleolítico Superior, de cuyas fases iniciales aún no tenemos testimonios en Santoña.

El final del Paleolítico

Los depósitos de la Cueva de La Fragua (excavada entre 1990, fecha de los primeros sondeos, y 1996, aunque de manera discontinua) suponen el punto de referencia siguiente en nuestro conocimiento de la Prehistoria local. Aunque aún está pendiente de datación precisa, la base del nivel más profundo excavado hasta ahora (Nivel 4) mostraba un cambio en los elementos industriales con respecto a los niveles más recientes, que parece llevar esas ocupaciones a momentos antiguos del Magdaleniense. La cueva, que se sitúa en las proximidades de la Peña del Fraile, es de muy reducidas dimensiones -apenas siete metros de fondo por dos y medio en su zona más ancha- pero muy bien orientada al abrigo de los vientos del Norte y el Oeste. Desde su boca se divisa una amplia perspectiva de la actual bahía de Santoña y de la costa oriental de la región, pero si tenemos en cuenta que el nivel marino a lo largo del Tardiglacial estaría muy por debajo del actual, remontando progresivamente desde el máximo episodio frío anterior, hace unos 18.000 años, cuando se situó entre -100 y -120 m, podremos comprender que esa vista dominaría un paisaje muy distinto, de tierras bajas litorales y un amplio valle, con la costa a más de tres kilómetros de la que hoy contemplamos.

El acceso a esta cueva, hoy bastante complicado, se realizaría desde el fondo del valle sin muchos problemas, dado que las fuertes pendientes y farallones calizos que hoy día forman las laderas de la zona son un producto de la erosión postglacial, debida precisamente al ascenso del nivel marino, que ha ido destruyendo por su base los depósitos de materiales sueltos y creando laderas escarpadas (un fenómeno hoy muy visible desde allí en la costa al Este de Laredo, por ejemplo). Da la impresión, a partir del carácter discontinuo de los depósitos arqueológicos de la Cueva de la Fragua, que este lugar era frecuentado ocasionalmente por grupos de cazadores y recolectores magdalenienses, que buscarían cobijo en el covacho, realizando algunas tareas de reparación o renovación de su utillaje de sílex y asta y abandonando algunos restos de esa actividad y también de los alimentos consumidos. Las dimensiones del sitio no permiten albergar a un grupo numeroso, así que se trataría muy probablemente de expediciones temporales desde un yacimiento de habitación más estable, con la finalidad de cazar o recolectar un determinado recurso.

Ese tipo de visitas ocasionales parece continuar en La Fragua por un tiempo prolongado, a la vista de la evolución que muestran los instrumentos de sílex, por otra parte no muy abundantes, a lo largo de la formación del Nivel 4. Sin embargo, en una de esas visitas los magdalenienenses abandonaron un objeto que hasta ahora es uno de los más interesantes que se han podido recoger en nuestros trabajos en la zona: una varilla de asta -casi seguramente de ciervo- de sección planoconvexa que lleva grabada en su cara superior la figura de un caballo, aunque incompleta, al estar rota en la zona donde debería situarse la cabeza de la representación. La figura, de proporciones muy correctas, tiene grabado tan sólo su contorno, sin ningún tipo de relleno interior. Es hasta ahora el único testimonio de arte mobiliario figurativo en los yacimientos de la zona, y por sus caracteres estilísticos no parece corresponder con los momentos finales del magdalenienense, sino con un período algo anterior, en correspondencia con su posición estratigráfica, pero sin que se cuente por el momento con una datación precisa para la pieza o para el nivel donde apareció.

Las condiciones ambientales del período quedan reflejadas en los sedimentos y sus modificaciones, así como en otros indicadores que quedan recogidos en los mismos. La base de la secuencia excavada hasta ahora (en la que no se ha alcanzado aún el fondo del depósito) nos muestra unas arcillas desprovistas de fragmentos calizos de la pared, indicador aparente de unas condiciones relativamente templadas, en las cuales no se producen fenómenos de alteración por el hielo. Estos datos y los caracteres de las industrias líticas parecen indicar, como ya se ha señalado más arriba, que ese depósito se debió formar en los inicios del Magdalenienense. Con posterioridad, las capas ricas fragmentos de caliza alternando con otras fases de sedimentación más arcillosa son la constante de este nivel. Ello parece indicar un recrudecimiento de las condiciones ambientales, con fases de frío más intenso y etapas de mejoría. La parte superior del nivel presentaba abundantes fragmentos clásticos de caliza, de aristas agudas, incluyendo desde bloques a pequeñas plaquetas más finas. Los restos óseos eran muy escasos y presentaban un aspecto superficial de corrosión. En cambio, la microfauna era abundante. Este hecho, unido a la gran escasez de restos de industria lítica, parece apuntar a un momento en que la cueva es ocupada de manera muy esporádica, en condiciones de clima extremado. La abundancia de microfauna es por lo general un indicador de falta de ocupación humana, ya que su acumulación corresponde al uso de la cueva por aves rapaces que regurgitan los restos de su comida, pequeños roedores en su mayoría. Y si las rapaces anidan en el covacho es una señal inequívoca de que no son importunados por la presencia humana.

A estos momentos avanzados del Magdalenienense, que se desarrollan posiblemente en la oscilación fría conocida como Dryas II, corresponde las más antiguas ocupaciones que hemos registrado en el Abrigo del Perro (González Morales y Díaz Casado, 1992). Allí sólo fue posible excavar los niveles basales en una zona muy reducida del abrigo al estar casi completamente destruidos por la erosión en su extensión original. El Nivel 3 estaba integrado por arcillas con abundantes fragmentos clásticos de pequeño tamaño. Aparentemente era casi estéril desde el punto de vista arqueológico, si bien contenía algunos ocasionales restos óseos. El Nivel 2c era, por tanto, el estrato fértil más antiguo localizado hasta el presente, de matriz arcillosa, con menor contenido en material clástico, que parecía corresponder a un momento avanzado del Magdalenienense cantábrico. Su

espesor máximo se situaba en los 10-15 cm tan sólo, pero suministró una significativa cantidad de material arqueológico muy representativo.

En la industria lítica era de destacar la abundancia relativa de buriles, que resultaba un elemento interesante para confirmar su atribución cultural, a pesar del limitado número de útiles recogido (60 en total). En cambio, la industria en hueso y asta era de gran interés. En el Nivel 2c aparecieron una aguja con perforación basal completa y fragmentos de cuatro azagayas, tres de ellas decoradas. En un caso se trata de una incisión longitudinal a cada lado de la pieza cruzada por incisiones cortas oblicuas; en el segundo, de un motivo “aflecado” que se repite en ambos lados de una extremidad de la pieza; en el tercero, incisiones cortas y curvas, anchas, junto a la punta, que en este caso pudieran tener un origen técnico. Estos motivos se repiten en otros fragmentos de azagayas o puntas finas procedentes de zonas revueltas del fondo de la excavación. En el Nivel 3, por su parte solamente se ha controlado en excavación un fragmento reducido de azagaya.

Este es también el estrato que cuenta con la datación absoluta más antigua de las obtenidas en Santoña por el procedimiento del radiocarbono: 12.140 ± 180 BP, que se corresponde con la propuesta cronológica efectuada a partir de la consideración de las industrias.

En cuanto a las formas de vida de los habitantes de estos yacimientos, ya hemos comentado líneas más arriba algunos aspectos que podemos deducir a partir de las características de las ocupaciones de la Cueva de la Fragua. Las condiciones de ubicación en el paisaje son similares en el caso del Abrigo del Perro, pero con una diferencia esencial: en este último la superficie ocupable es mucho mayor, incluso en la actualidad, cuando una buena parte de la zona frontal del abrigo ha desaparecido por efecto de la erosión. Esa mayor amplitud, mejor accesibilidad al valle al estar más bajo -a unos 50 m sobre el nivel actual del mar- y una orientación más favorable a la insolación durante buena parte del día, son todos ellos factores que favorecieron su uso y permitirían, además, su ocupación por grupos más amplios, en principio, que los que podían servirse de La Fragua. Y no conviene olvidar que el actual Abrigo del Perro no es una localización aislada, sino que formaba parte de un sistema más amplio que se prolongaba a lo largo de la ladera, enlazando con un abrigo de dimensiones muy superiores -que hemos llamado Abrigo del Perro II- hoy casi totalmente inaccesible, pero que también fue ocupado, aunque debido a su mayor exposición a la actividad erosiva, su depósito sedimentario ha sido ampliamente destruido y apenas nos quedan sino muy limitados testimonios de esa habitación humana.

El valle, el monte y la costa cercana (en el Magdalenense tal vez situada entre tres y cinco kilómetros de la actual) eran los puntos básicos de obtención de recursos para los pobladores de estas cuevas y abrigos en el Magdalenense. La caza que practicaban, a juzgar por los restos de alimentación que dejaron en los distintos lugares de habitación estudiados, incluye una cierta variedad de especies, aún no cantificadas en detalle por estar pendientes las investigaciones sobre los mismos. Los ciervos aparecen tanto en El Perro como en La Fragua, indicando la caza de un recurso que era abundante en todos los valles cantábricos a lo largo del Paleolítico Superior. Junto a ellos, las cabras, entonces bajo la forma de cabra montés salvaje, son el otro elemento constante entre los restos. La presencia de las cabras está justificada por lo escarpado de las laderas del monte y la adaptación de las mismas a ese tipo de medio, donde son capaces de

moverse y alimentarse a salvo de muchos de sus posibles predadores. Sin embargo, no hay que pensar que el aporte de carne terrestre tendría una base regular, como en nuestras cultras actuales: los estudios de estacionalidad nos deberán informar sobre si esa caza se practicaba de manera concentrada para ambas o cada una de estas especies en unos determinados momentos del año, o sobre si tenía lugar más bien distribuida a lo largo de todo el año.

Nuestra imagen de los cazadores y recolectores del Paleolítico suele estar sesgada por el tipo de restos que se conservan en los yacimientos; de ahí que casi siempre pensemos en la caza como la actividad esencial para la subsistencia. Sin embargo, una buena parte de la alimentación de los primitivos habitantes de la zona provenía sin duda de una actividad a nuestros ojos más modesta, pero esencial para su supervivencia: la recolección. En ese sentido, tanto el valle como la costa, el río y el monte ofrecían una amplia gama de recursos a los que se podía acceder con menos riesgo y mayor eficacia.

El marisqueo aparece ya atestiguado desde la base de las ocupaciones que hoy conocemos en Santoña. Al principio se trata casi en exclusiva de una especie concreta: las lapas (hoy, por otra parte, tan poco apreciadas). La variedad presente en los estratos inferiores de La Fragua y más tarde del Abrigo del Perro es la lapa común *Patella vulgata*, pero que alcanzaba dimensiones notablemente mayores que el de sus descendientes actuales, posiblemente por la limitada presión recolectora, y sobre todo por las características óptimas que las aguas costeras ofrecían para su desarrollo. Esta especie suele buscar lugares abrigados y poco batidos en niveles altos de marea: ello quiere decir que sus recolectores debían desplazarse hasta la costa, alejada de la actual, como ya dijimos, andando valle abajo para aprovechar en las bajamareas los charcos de marea, donde también podían recoger otras especies comestibles, peces varados o conchas de adorno. Si embargo, un vecino habitual de estas lapas en la época, el caracolillo de aguas frías *Littorina littorea* no aparece apenas en esos momentos: no sabemos si no era recogido por un motivo determinado (la carne de la lapa se puede extraer con más facilidad) o por estar ausente localmente. Es de notar que la recolección de lapas parece que era eficaz: al menos las que se acarrean a los yacimientos muchas veces están completas, mostrando que se controlaba perfectamente la técnica de su extracción de la superficie de la roca. Pero mariscos de este tipo son, por lo general, un recurso poco rentable a medida que se incrementa la distancia de transporte, debido a que el esfuerzo no se compensa con la energía que se obtiene después con su consumo, o con la satisfacción -que todo importa- que ese consumo produce. De ahí que sean escasos, en un primer momento, con una costa lejana donde no cabe duda de que existirían otras ocupaciones mas próximas a ella, hoy día sumergidas. Tampoco conviene olvidar que parece muy probable -y es un tema en el que también nuestro grupo de investigación trabaja- que la cauce del Asón se situara en el actual istmo de Berria, y por tanto el río también quedaría a cierta distancia, rodeando el monte, de las cuevas de su cara este, alejando sus recursos de ellas. Por estas razones, podemos inferir que gran parte de la recolección de elementos de subsistencia practicada por los habitantes de la época debió centrarse sobre los vegetales. Incluso en momentos fríos los valles cantábricos, abrigados y próximos al mar, debieron mantener una gama de plantas variada y susceptibles de aprovechamiento humano, aprovechamiento que deja, por desgracia, escaso testimonio material conservado, al ser todo el realizado

por lo común con materiales perecederos: cestería y tejido para cestas y bolsas, madera para palos cavadores o incluso recipientes... Tampoco el material recolectado perdura: sólo excepcionalmente, por carbonización, se conservan maderas, semillas u otros tejidos vegetales. Más adelante volveremos sobre este tema con datos más precisos, pero sirvan estos comentarios para matizar el problema de la escasa visibilidad arqueológica de la recolección y su importancia real para este tipo de sociedades.

Cazadores, pescadores y marisqueros

Las ocupaciones humanas siguientes que tenemos recogidas en los yacimientos de Santoña corresponden al período aziliense, que en la costa cantábrica tiene unas fechas entre unos 11.500 y 9.500 años atrás. La ocupación aziliense más antigua aparece en el Abrigo del Perro, en su nivel 2b, depositado sobre el Magdaleniense al que antes hemos hecho referencia. El carácter más llamativo de este estrato es el visible aumento de la cantidad de restos de conchas marinas que aparecen en el sedimento, lapas como el caso anterior, pero ahora también con la aparición del caracolillo *Littorina littorea*, aunque sea aún en bajas proporciones; esta tendencia se refuerza en el nivel superior, el llamado 2a, datado por radiocarbono en 10.160 ± 110 BP, donde la matriz del depósito es un auténtico conchero dominado por los caracolillos. Ello nos releva la importancia creciente de la recolección marina para estos grupos, acompañada de testimonios de la práctica de la pesca, tanto por la aparición de restos de peces, como por la existencia de útiles con esa finalidad. Ambos niveles azilienses del Abrigo del Perro cuentan con sendos arpones aplanados típicos, que reflejan esa actividad.

El resto del utillaje también sigue las tendencias comunes en la costa cantábrica para esos momentos: un incremento progresivo del utillaje de hojitas y pequeñas puntas de sílex, ligadas a la producción de útiles compuestos, con la consiguiente reducción del número de puntas de asta o hueso y de los útiles ligados con su manufactura, como los buriles. En suma, una simplificación de la variedad de utillaje con respecto al período anterior, sin duda ligada al incremento en la utilización de la madera como soporte de hojitas y puntas o para otros utensilios.

En efecto, uno de los caracteres del medio ambiente de la época, que conocemos a través del polen y de los restos de madera quemada, y que tiene que ver con la atemperación general de las condiciones climáticas, es la extensión de las masas forestales, que van colonizando nuevos terrenos con especies relativamente adaptadas a climas templados, y que alcanzara su climax algunos milenios más tarde. Ello ofrece una variedad de distintas maderas para la producción de instrumentos de todo tipo, aparte de para seleccionar las más adecuadas para quemar, o la posibilidad de consumir directamente determinados frutos silvestres o bellotas. Es a partir de este periodo cuando encontramos restos de madera carbonizada que nos informa del traslado al yacimiento de madera de algunos tipos de especies silvestres (*Prunus*, *Cretægus*) cuyos frutos pueden consumirse, y encinas y robles ya están también presentes en la zona en ese momento, con la oferta de sus bellotas que, debidamente procesadas, también son comestibles. La diversificación en el uso de distintos tipos de recursos aumenta, y con ello tal vez la dependencia de estos grupos de un medio litoral -la costa ha seguido acercándose a la actual en ese periodo- que permite esa forma de vida, con una amplia oferta a la recolección. Una variante de la misma

actividad la encontramos en un depósito algo más reciente: el nivel 3 de la Cueva de La Fragua, donde hace 9.600 años sus ocupantes recolectaban, asaban y consumían caracoles de tierra de manera regular, una noticia poco sorprendente para los aficionados actuales, que aún frecuentan el entorno de La Fragua buscando los que pasan por ser los mejores caracoles del monte. Esta ocupación de la cueva es posterior a un período de escasa frecuentación de la misma, a juzgar por los sedimentos. Parte de estos caracoles aparecen en grandes bolsadas en la arcilla del suelo, junto con restos de hogueras y de madera quemada, testimonio de la preparación de los mismos para su consumo. Los escasos útiles recogidos en ese nivel incluyen también algunas hojitas y puntitas de dorso en sílex, como las de los niveles 2b y 2c del Abrigo del Perro, y algunas puntas finas de hueso, probablemente relacionadas también con el consumo de los caracoles. Quizá en relación con otro tipo de elementos -en este caso decorativos- presentes en los yacimientos azilienses, en la superficie de este nivel se recogió una plaqueta cuadrangular pintada en una de sus caras con una gruesa capa de ocre rojo.

Pero el mayor impacto del marisqueo se reconoce en los momentos posteriores de ocupación de ambos yacimientos. En La Fragua, sobre la caracolera aziliense se forma un estrato de limos que revela un nuevo periodo en que la cueva se abandona, conociendo sólo visitas ocasionales que dejan su testimonio en forma de restos de talla aislados, al menos por un par de milenios. En cambio, en el Abrigo del Perro la habitación parece casi continua: sobre el conchero aziliense del nivel 2a se forma un potente depósito, integrado casi exclusivamente por conchas de mejillón, lapas y caracolillos, con algunas otras, más visibles por su tamaño que importantes numéricamente. Este nuevo conchero debió rellenar la mayor parte de la superficie del abrigo, y quedan testigos del mismo a casi dos metros de altura en una de las paredes. Una fecha de radiocarbono de un lentejón de carbones y cenizas, resto de una hoguera, nos permite situar la fase aún temprana de este depósito en unos 9.260 años atrás: después, el conchero siguió aún acumulándose por largo tiempo. Pero es interesante un hecho: las especies marinas presentes en el mismo cambian de manera notable, revelando una serie de cambios ambientales, pero también en las estrategias de aprovechamiento de los recursos del medio; a la vez, la proporción de restos de fauna terrestre cazada, en comparación con el conchero aziliense, decrece considerablemente frente a las conchas. La primera cuestión es de gran interés porque nos permite conocer qué tipo de respuestas dieron los grupos humanos de la zona de Santoña a las transformaciones medio-ambientales, y en este caso a la subida del nivel marino. Se pasan a explotar especies ligadas a la formación de estuarios o bahías de aguas relativamente tranquilas, a la vez que se siguen explotando los entornos de costa rocosa. La presencia de bancos de mejillones y ostras en zonas explotadas desde el Abrigo del Perro supone que ya era rentable para sus habitantes aprovechar la zona del estuario del Asón, que se habría acercado a su zona de actuación habitual al subir el nivel del mar, y probablemente el mar empezara a invadir lo que hoy es la Bahía de Santoña: estaríamos en los finales de un proceso que culminará pocos milenios más tarde, cuando pre-sumiblemente los aportes del río cegaran buena parte de su desembocadura, favoreciendo su cambio de curso y con ello la formación del actual istmo de Berria. El abrigo tendría ahora un fácil acceso a esos recursos litorales, que se podrían aprovechar directamente durante una parte del año al menos, a la vez que mantenía sus ventajas de largo plazo en cuanto al aprovechamiento de

vegetales -cada vez más ricos en productos como avellanas, bellotas y frutos silvestres- que eran la base de su dieta. El utillaje tradicional parece reducirse de manera drástica, y apenas unas lascas de talla es lo que nos deparan estas últimas ocupaciones en el abrigo. No conocemos con precisión su final, pero sabemos que buena parte de su superficie se cubrió con un potente conchero de más de 2 m de espesor, como ya se ha dicho.

La Cueva de La Fragua vuelve a ocuparse hace unos 7.500 años por grupos que practican unas actividades de subsistencia similares a las descritas para el caso del Abrigo del Perro: allí nos encontramos con un conchero dominado por especies como lapas de varios tipos, el caracolillo de aguas templadas *Monodonta lineata* y mejillones. Las distintas especies de lapas nos muestran que se explotan zonas de aguas algo batidas, y no solamente los charcos de marea o el estuario. La posición más próxima al frente de la costa de la época que ocupa La Fragua tiene sin duda que ver con esa explotación de una zona de costa más abierta que nos indican sus conchas. También en La Fragua, como antes en El Perro, los restos de instrumental son muy escasos, aunque se practican diversas actividades de preparación del alimento que dejan su huella en forma de hogueras con cenizas y carbones: gracias a ellas sabemos que la ocupación se prolongó al menos hasta unos 6.800-6.600 años atrás. Puede que dicha ocupación continuara aún por más tiempo, pero las remociones de la parte superior del depósito de conchero en épocas históricas nos impiden conocer su desarrollo total.

Los primeros productores y sus testimonios materiales: el final de la Prehistoria

Si para el período de tiempo que acabamos de repasar, entre los 15.000 y 6.500 años atrás, disponíamos de una buena cantidad de información procedente de los depósitos del Abrigo de la Peña del Perro y de la Cueva de La Fragua, con series de ocupaciones, no podemos decir lo mismo para las etapas posteriores de la Prehistoria, para que que volvemos a depender de informaciones aisladas o de hallazgos de materiales sin un contexto bien definido. Solamente en el caso de La Fragua, como ya veremos, nos encontramos de nuevo con una estructura que revela el uso humano de la cueva.

La subida del nivel marino supuso la inaccesibilidad a algunos de los abrigos (como El Perro II) a causa de la erosión de las laderas por las que se podía subir a ellos desde el valle, ahora convertido en bahía. En otros casos, el acceso, aunque posible a pie, se dificultó notablemente, cambiando de sentido: se puede llegar al Abrigo del Perro o a la Cueva de La Fragua, como en la actualidad, desde arriba, pero no desde las zonas que fueron un día sus cazaderos o áreas de recolección, perdiendo así sus ventajas a la hora de ocuparlos o su funcionalidad. Solamente cabían otros usos alternativos, como refugio ocasional del ganado y sus pastores en el caso de los primeros grupos productores, o como lugar de enterramiento u otras actividades rituales, de ocultación en época de peligro o de simple cobijo temporal.

Los hallazgos al aire libre producidos en la zona y que pueden corresponder a los grupos productores que se asentaron en la zona incluyen dos pequeñas hachas pulimentadas, una de ellas encontrada en Ancillo y otra que procede de la desaparecida Cueva del Merino, hoy en el casco urbano de Santoña y destruida recientemente por las obras de una cantera; la primera de ellas es una pieza realizada en roca eruptiva, de gran belleza formal por

su colorido. Ninguna indicación de contexto nos permite saber si pertenecieron a algún lugar de habitación o bien formaban parte de ajueres funerarios: ambos son los contextos habituales de este tipo de piezas.

En el caso de la Cueva de La Fragua, en algún momento aún no datado de la prehistoria reciente se realizó una zanja a través de buena parte del depósito del conchero, alcanzando en parte de la misma hasta el nivel magdalenense, para depositar en una estrecha canal excavada en su fondo una especie de pequeña estela, trabajada en caliza, con la parte superior en curva y apuntada la inferior, que estaba clavada verticalmente en esa canal. La zanja estaba rellena con material remomido del propio conchero, y dentro de ella aparecían en distintos lugares capas de fragmentos de caliza y algunos huesos completos de animales, junto con cerámicas de diversos tipos, todas ellas sin decorar. No se encontraron huesos humanos, por lo cual cabe excluir una función funeraria. Las cerámicas son poco diagnósticas, pero algunos objetos tallados en piedra, entre ellos una hoja totalmente retocada en sus dos bordes, parecen apuntar a un momento avanzado del Neolítico o al Calcolítico como épocas más probables de ejecución de esta peculiar estructura.

En el Museo Regional de Prehistoria y Arqueología de Santander se conserva un fragmento cerámico que según la referencia que le acompaña procede de una cueva de la zona de la Peña del Fraile: según algunos santoñeses conocedores de la zona, podría tratarse de la Cueva de la Higuera, que atraviesa de lado a lado el espolón final del monte junto al Fraile, y donde se han hallado en superficie algunos restos de conchero que delatan ocupaciones humanas (González Morales, 1990).

Y poco más podemos decir de estos períodos: el hecho de que algunos yacimientos que pudieron ser claves para la comprensión de las épocas recientes, como las cuevas de la Casa de la Pasiega, en uno de los mejores puntos del monte para la habitación humana y control del territorio, hayan sido destruidas por usos históricos como polvorín, y posteriormente por los furtivos arqueológicos, nos ha privado de fuentes esenciales de información. Por otro lado, la escasez de terreno llano y la pendiente de las laderas del monte, junto con la escasez de suelos agrícolas, debió limitar sobremanera las posibilidades de los grupos que allí se asentaron, y que sin duda hubieron de depender sobre todo -como en toda su historia- del mar.

Epílogo: la destrucción de una riqueza

Lo que sabemos, poco o mucho, de la Prehistoria de Santoña, lo conocemos a partir de un testimonio frágil en extremo: los yacimientos arqueológicos en los que hemos podido trabajar, y que son solamente una parte de los que existen en Santoña, estaban en todos los casos alterados en mayor o menor medida por la acción humana. En muchas ocasiones, por usos históricos de cuevas y abrigos que se han seguido empleando por los pastores o los militares, pero en otros más lamentables, por excavadores clandestinos en busca de materiales arqueológicos o de una lamentable notoriedad. Cada una de esas piezas que hemos perdido, cada uno de los pedazos de yacimiento que han sido removidos, se han ido para siempre, y con ellos una parte de la historia común de todos los santoñeses. La construcción en un suelo de por sí muy limitado, la explotación de canteras sin estudios o excavaciones previas, la actividad de aficionados y furtivos, terminarán algún día con los últimos documentos si el esfuerzo de todos no

lo ataja. Estas pocas líneas se han podido narrar porque algo quedaba: tal vez en el futuro no podamos decir nada más.

Cuadro 1:
Dataciones de C14 para la Prehistoria de Santoña (en años antes del presente)

Abrigo del Perro, nivel 2c	12.140±180
Abrigo del Perro, nivel 2a/b	10.160±110
Abrigo del Perro, nivel 1.3	9.260±110
Cueva de La Fragua, nivel 3	9.600±140
Cueva de La Fragua, nivel 1 inf.	7.530±70
Cueva de La Fragua, nivel 1 med.	6.860±60
Cueva de La Fragua, nivel 1 sup.	6.650±120

Bibliografía:

BREUIL, H. y OBERMAIER, H. (1912): "Les premiers travaux de l'Institut de Paléontologie Humaine". *L'Anthropologie*, 23 (1-27).

CHEYNIER, A. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1964): "La grotte de Valle", en RIPOLL, E.: *Miscelánea en Homenaje al Abate Henri Breuil*, Diputación Provincial, Barcelona.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; GARCÍA GUINEA, M.A. y BEGINES RAMÍREZ, A. (1963): *Cueva de La Chora (Santander)*. Dirección General de Bellas Artes, Madrid.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; GARCÍA GUINEA, M.A. y BEGINES RAMÍREZ, A. (1966): *Cueva del Otero*. Dirección General de Bellas Artes, Madrid.

GONZÁLEZ MORALES, M.R. (1990): "La Prehistoria de las Marismas: excavaciones en el Abrigo de la Peña del Perro (Santoña, Cantabria)". *Cuadernos de Trasmiera*, 2 (13-28).

GONZÁLEZ MORALES, M.R. y DÍAZ CASADO, Y. (1992): "Excavaciones en los Abrigos de la Peña del Perro (Santoña, Cantabria). Estratigrafía, cronología y comentario preliminar de sus industrias". *Veleia*, 8-9 (43-64).

GONZÁLEZ MORALES, M.R.; GARCÍA CODRÓN, J.C. y MORALES MUÑOZ, A. (1992): "El Bajo Asón del X al V milenio BP: cambios ambientales, económicos y sociales en el paso a la Prehistoria Reciente", en CEARRETA, A. y UGARTE, F. M.: *The Late Quaternary in the Western Pyrenean Region*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz.

GONZÁLEZ SAINZ, C. (1989): *El Magdaleniense Superior-Final de la región cantábrica*. Ed. Tantín y Universidad de Cantabria, Santander.

MOURE, J.A. y GONZÁLEZ MORALES, M.R. (1986): "Los grabados de los abrigos de El Perro y San Carlos (Santoña, Cantabria)", en *Estudios en Homenaje al Profesor D. Antonio Beltrán*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y GÓMEZ AROZAMENA, J. (1988): "Carta arqueológica de Santoña". *Sautuola*, 5 (439-459).

SIERRA, L. (1908): “Notas para el mapa paletnográfico de la Provincia de Santander”, *Actas del Primer Congreso de Naturalistas Españoles*, Zaragoza.

YUDEGO ARCE, C. (1995): *Estudio arqueológico de las ocupaciones post-magdalenenses en los yacimientos de la cuenca baja del Asón y Valle de Aras*. Trabajo de Investigación de Doctorado, Universidad de Cantabria, Santander.